

LAS ELECCIONES DEL 22 DE MAYO: RESULTADOS Y CONSECUENCIAS

Las elecciones celebradas el pasado 22 de mayo han sido calificadas como *históricas*. Todas lo son, de una u otra manera, en el sentido de que todas van a parar a los libros de Historia. Pero, como los animales de la granja de Orwell, algunas elecciones son *más históricas que otras*. Y por eso, algunas merecen tesis doctorales, monografías y referencias extensas en las enciclopedias y otras se tienen que contentar con notas a pie de página.

Las que aquí tratamos tienen una “historicidad” (permítasenos la licencia expresiva) media, y apoyada en una causa principal. Media, porque se trata de lo que en la Ciencia Política se denominan elecciones de segundo orden, si bien no hay que olvidar que en España unas elecciones municipales trajeron ni más ni menos que un cambio de régimen en 1931.

Apoyada en una causa principal, porque el ingrediente *histórico* de este proceso electoral deriva casi exclusivamente de la excepcional caída experimentada tanto en las elecciones municipales como en las autonómicas por uno de los dos principales actores del sistema de partidos, el Partido

José Ignacio Wert es sociólogo y presidente de Inspire Consultores.

Socialista, que cosecha no sólo el peor resultado del periodo democrático en este tipo de elecciones, sino su peor resultado histórico en cualquier tipo de elecciones de alcance nacional desde que se restaura la democracia en 1977.










Por ello, lógicamente, el acento en los primeros análisis se está poniendo en los resultados de los socialistas y, sobre todo, en las consecuencias que un descalabro de esta intensidad puede aparejar sobre el partido, sus perspectivas de futuro e incluso el posible cambio de los equilibrios políticos que han prevalecido en los últimos veinte años. De esto nos ocuparemos. Pero en estas elecciones hay más ángulos que contemplar y sobre todos ellos versará este análisis, sucinto y provisional, en la medida en que aún no contamos con un ingrediente de análisis sobre las motivaciones de los electores, que las investigaciones postelectorales, y, singularmente, la del CIS, nos ofrecerán más adelante.

LOS DATOS Y SU INTERPRETACIÓN

Vamos primero con los datos. El Cuadro 1 contiene un resumen nacional de las elecciones municipales y su comparación respecto a cada uno de los partidos con las elecciones de 2007, expresada en términos de variación porcentual de espacio electoral. Este indicador expresa el porcentaje relativo en el que aumenta o disminuye la participación en el voto válido de cada formación, su *cuota* del pastel electoral y, a nuestro juicio, refleja mejor la dinámica del electorado que otras comparaciones, como la que habitualmente se usa, el ascenso o descenso en puntos porcentuales. Por ejemplo, un partido que pasa del 5 al 10% del voto experimenta una variación de espacio electoral del 100%; uno que pasa del 50 al 55% experimenta una del 10%. El mismo ascenso medido en puntos porcentuales representa cuotas muy distintas para uno y para otro.

CUADRO 1

Elecciones municipales 2011 total nacional (% sobre voto válido y comparación con 2007)





















PARTIDOS	Resultados 2011	Resultados 2007	SALDO (Variación en % de espacio electoral)
	37,5	35,6	+5,4
	27,8	34,9	-20,5
	6,3	5,5	+15,1
	3,5	3,3	+6,1
	2,1	N.P.	-
	1,5	1,4	+4,3
	1,4	N.P.	-
	1,2	1,6	-23,1
	1,2	1,4	-18,4
Otros*	15,0	14,4	+4,2
Blancos	2,5	1,9	+32,3
Nulos**	1,7	1,2	+45,3
PARTICIPACIÓN	66,2	64,0	+3,5

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Ministerio del Interior; *: Una comparación *like for like* incluiría a UPyD y a Bildu –que no comparecieron en 2007– en este grupo de “Otros”. Con ese criterio, el incremento en ese cajón de sastre sería del 28,5%; **: en 2007 la consigna de voto nulo de la izquierda *abertzale* dio lugar a un 8,3% de votos nulos en el País Vasco y un 2,2% en Navarra. Comparando la evolución del voto nulo entre 2007 y 2011 sin incluir País Vasco y Navarra para hacerla políticamente homogénea tendríamos que el mismo habría pasado del 0,78% en 2007 al 1,70% en 2011, con un incremento relativo del 117,9%.

El Cuadro 2 desglosa el resultado de las dos principales fuerzas del arco nacional en las elecciones municipales y lo compara –en los mismos términos que el resumen nacional– con el resultado de cada uno de ellos en las elecciones anteriores de este mismo tipo.

CUADRO 2

Elecciones municipales 2007-2011 (Espacio electoral de PP y PSOE por CC.AA. y variación relativa en %)


















CC.AA.	2007 (% v.v)	 2011 (% v.v)	Var %	2007 (% v.v)	 2011 (% v.v)	Var %
 ESPAÑA	34,92	27,79	-20,5	35,62	37,53	+5,4
 ANDALUCÍA	40,65	32,22	-20,8	32,09	39,36	+22,7
 ARAGÓN	38,72	31,26	-19,3	30,32	36,71	+21,1
 ASTURIAS	39,72	29,87	-24,8	39,35	23,71	-39,7
 BALEARES	29,23	23,73	-18,8	42,95	44,11	+2,7
 CANARIAS	30,25	21,92	-27,6	20,45	27,40	+34,0
 CANTABRIA	26,87	20,82	-22,5	40,58	44,91	+10,7
 CAST. LA MANCHA	47,06	39,66	-15,7	41,85	46,52	+11,2
 CAST. Y LEÓN	36,68	30,53	-16,8	46,30	48,21	+4,1
 CATALUÑA	32,23	25,14	-22,0	9,87	12,67	+28,3
 C. VALENCIANA	34,72	28,11	-19,0	46,55	46,81	+0,6
 EXTREMADURA	46,43	40,21	-13,4	38,23	44,41	+16,2
 GALICIA	29,04	25,99	-10,6	39,83	44,84	+12,6
 LA RIOJA	40,40	32,97	-18,4	47,22	49,87	+5,6
 MADRID	33,00	24,13	-26,9	50,28	48,17	-4,2
 MURCIA	32,46	24,26	-25,3	55,14	55,64	+0,9
 NAVARRA	18,98	15,87	-16,4	N.P.	5,99	N.P.
 PAÍS VASCO	24,37	16,34	-33,0	15,46	13,53	-12,5

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Ministerio del Interior

El Cuadro 3 muestra el resultado de las elecciones autonómicas en las trece comunidades que las han celebrado. Al pie del mismo se detallan los partidos distintos de los cuatro más votados de ámbito nacional que han obtenido representación en cada una de las CC.AA.

CUADRO 3

Elecciones autonómicas 2011 (% sobre voto válido y escaños)


						OTROS (*)
	ARAGÓN	39,7 (30)	29,0 (22)	6,2 (4)	2,3 (-)	22,8 (11)
	ASTURIAS	19,9 (10)	29,7 (15)	10,3 (4)	2,5 (-)	37,5 (16)
	BALEARES	46,4 (35)	21,4 (14)	2,3 (-)	2,1 (-)	27,6 (10)
	CANARIAS	31,8 (21)	21,0 (15)	0,8 (-)	1,0 (-)	45,4 (24)
	CANTABRIA	46,1 (20)	16,3 (7)	3,3 (-)	1,7 (-)	32,6 (12)
	CAST. LA MANCHA	48,1 (25)	43,4 (29)	3,8 (-)	1,8 (-)	2,9 (-)
	CAST. Y LEÓN	51,6 (53)	29,6 (29)	4,9 (1)	3,3 (-)	10,6 (1)
	C. VALENCIANA	48,5 (55)	27,5 (33)	5,8 (5)	2,4 (-)	15,8 (6)
	EXTREMADURA	46,2 (32)	43,5 (30)	5,6 (3)	1,1 (-)	3,6 (-)
	LA RIOJA	51,9 (20)	30,3 (11)	3,7 (-)	3,6 (-)	14,2 (2)
	MADRID	51,7 (72)	26,2 (36)	9,6 (13)	6,3 (8)	6,2 (8)
	MURCIA	58,8 (33)	23,9 (11)	7,8 (1)	4,5 (-)	5,0 (1)
	NAVARRA	7,3 (4)	15,8 (9)	5,7 (3)	0,7 (-)	70,5 (34)

Fuente: Elaboración propia sobre datos oficiales de las CC.AA. *: Los "Otros" partidos que han obtenido representación son: En Aragón, Partido Aragonés (9,2% y 7 escaños) y Chunta (8,2% y 4 escaños); en Asturias, Foro Asturias (29,8% y 16 escaños); en Baleares, PSM-Entesa (9,5% y 5 escaños) y PSOE-Pacte (3,1% y 4 escaños); en Canarias, Coalición Canaria (24,7% y 21 escaños) y Nueva Canarias (9,1% y 3 escaños); en Cantabria, Partido Regionalista Cántabro (29,1% y 12 escaños); en Castilla y León, Unión del Pueblo Leonés (1,9% y 1 escaño); en la Comunidad Valenciana, Coalició Compromís (7,0% y 6 escaños); en La Rioja, Partido Riojano (5,4% y 2 escaños); y en Navarra Unión del Pueblo Navarro (34,5% y 19 escaños), Nafarroa Bai (15,4% y 8 escaños) y Bildu (13,3% y 7 escaños).

El Cuadro 4 analiza –en los mismos términos que se hace en el Cuadro 2 respecto de las elecciones municipales– la dinámica del voto en cada una de las elecciones autonómicas de los dos partidos centrales del sistema.

CUADRO 4

Elecciones autonómicas 2011: resultados y saldos PSOE y PP (Variaciones porcentuales de espacio electoral y ganancias/pérdidas de escaños en relación con la elección anterior)

			VAR. %	VAR. E		VAR. %	VAR. E
 ARAGÓN	29,0 (22)	-29,3	-8	39,7 (30)	+27,8	+7	
 ASTURIAS	29,7 (15)	-29,1	-6	19,9 (10)	-52,1	-10	
 BALEARES	21,4 (14)	-22,6	-2	46,4 (35)	+0,8	+7	
 CANARIAS	21,0 (15)	-38,8	-11	31,8 (21)	+33,8	+6	
 CANTABRIA	16,30 (7)	-33,6	-3	46,1 (20)	+11,2	+3	
 CAST. LA MANCHA	43,4 (24)	-16,5	-2	48,1 (25)	+13,6	+4	
 CAST. Y LEÓN	29,6 (29)	-21,5	-4	51,6 (53)	+4,9	+5	
 C. VALENCIANA	27,5 (33)	-19,8	-5	48,5 (55)	-7,0	+1	
 EXTREMADURA	43,5 (30)	-17,9	-8	46,2 (32)	+19,4	+5	
 LA RIOJA	30,3 (11)	-25,1	-3	51,9 (20)	+6,3	+3	
 MADRID	26,2 (36)	-21,9	-6	51,7 (72)	-2,9	+5	
 MURCIA	23,9 (11)	-25,5	-4	58,8 (33)	+0,9	+4	
 NAVARRA	15,8 (9)	-29,5	-3	7,3 (4)	N.P.	+4	

Fuente: Elaboración propia sobre datos oficiales de las CC.AA

De toda la información acopiada en los cuadros precedentes es preciso seleccionar aquella que aporta más valor explicativo al *sentido* de la elección, en la medida en que aquél se puede deducir de la *lógica agregada* de los resultados (ya que de momento, como señalaba antes, no tenemos referencias de viva voz de las motivaciones del voto).

Por lo general, en las elecciones de este tipo la propia condición variada, proteica, de los comicios (no hay *una* elección, sino tantas como ámbitos institucionales se dilucidan independientemente) suele aparejar una cierta policromía en los mismos, que suelen responder más a dinámicas particulares que a dinámicas de alcance general. Se suele admitir que en este tipo de elecciones hay una influencia generalmente importante de los candidatos en cada lugar, que opera con una relativa autonomía al margen de las siglas. Ese fenómeno es más intenso en las elecciones locales en las que el peso de la marca partidaria se considera menor que el que tiene en las elecciones autonómicas; estas últimas son, en teoría, algo más *políticas*, mientras que las elecciones autonómicas son más *administrativas*, y en ellas se valora más el elemento de proximidad fuertemente personalizado en el alcalde.

Pues bien, en esta ocasión no es ése el caso. Las más de ocho mil elecciones municipales celebradas y las trece elecciones autonómicas que han tenido lugar nos revelan un paisaje prácticamente monocromo en lo que se refiere al PSOE. Los titulares mediáticos que se han referido al *naufra-gio* o a la *ruina total* hacen justicia a un paisaje completamente desolador. El peso de la *marca* ha sido mucho más fuerte que el de los personajes acogidos a ella y la valoración de sus desempeños.

Es como si todo diera igual: ni en el poder ni en la oposición, ni repitiendo candidato o renovándolo, ni siendo popular o desconocido los candidatos socialistas se libran de una severa sanción en las urnas. Las pocas notas de color que afectan al rendimiento electoral de los socialistas tienen más que ver con el *agravamiento de la pena* (como sucede, por ejemplo, en Jerez de la Frontera, donde el PSOE pasa del 51% del voto al 14%), que con su alivio, algo que apenas podemos registrar tenuemente en las dos comunidades *testigo* en las que el PSOE ha perdido la hegemonía de que dis-

frutaba ininterrumpidamente desde que se instaurara el régimen autonómico (Castilla-La Mancha y Extremadura) y en puntos urbanos aislados muy escasos (Segovia, Cuenca, Toledo, Soria y Lleida, especialmente) en los que sí parece contar más ese elemento personal.

En lo que hace a las elecciones autonómicas, el descenso relativo medio del PSOE en espacio electoral es del 22,7%. En las trece Comunidades Autónomas que las han celebrado registra descensos de dos dígitos. Los dos menores, Castilla-La Mancha y Extremadura, son del 16,5 y 17,9% respectivamente. Todos los demás superan el 20% y en cinco comunidades (Aragón, con el 29,3%; Asturias con el 29,7%; Canarias, con el 38,8%; Cantabria, con el 33,6% y Murcia, con el 29,5%) bordea o supera el 30% de pérdida de espacio electoral.

El mismo acorde se desprende de su declinación en las elecciones municipales, con un descenso relativo en espacio electoral medio en el conjunto de España del 20,5%, que supone, en términos de votos, un millón y medio de votos menos. En estas elecciones, el descenso más acusado es el que tiene lugar en el País Vasco, con una pérdida de espacio del 33%.

Sólo hay una forma de interpretar esta dinámica básica: el veredicto electoral que ha recaído sobre el PSOE es un *juicio de residencia* sobre su desempeño político en el Gobierno de la nación. Desafía a la lógica pensar que todos los candidatos socialistas sin apenas excepciones hayan tenido un desempeño negativo en sus respectivas responsabilidades, o que el hecho de estar en el Gobierno o en la oposición en los ámbitos de cada uno tenga tan poca relevancia aparente a la hora de condicionar los resultados. Clave única y clave política, por tanto. Y clave tan fuerte como para pasar casi por encima de cualesquiera modulaciones locales o personales. Ha sucedido aquello que los estrategas del PSOE más temían –pero que, por otra parte, han hecho tan poco por evitar–, a saber, que las elecciones se convirtieran en un plebiscito sobre la gestión del Gobierno de Zapatero. Con las consecuencias, obviamente, que de ello se siguen y que analizaremos más tarde.

Por lo que se refiere al PP, como puede deducirse de los Cuadros que anteceden, sus resultados sí son mucho más *polícromos* que los de su prin-

cipal adversario electoral. Por un lado, en términos de *contabilidad nacional*, su resultado en las elecciones locales supone un avance relativo de poco más del 5%. Gana algo menos de 600.000 votos. Pero sucede que –por las circunstancias especiales de Navarra y Asturias, los cambios en la oferta política o en los acuerdos electorales– esa comparación no es exactamente *like for like*. Si, por homogeneizar las comparaciones, excluimos del cómputo Asturias y Navarra, comunidades en las que ha variado sustancialmente la geometría de la oferta en el espacio del centro-derecha, entonces la ganancia del PP se cifraría en 740.000 votos, que supondrían un incremento en espacio electoral del 9,8%.

Ahora bien, tanto en el ámbito local como en el autonómico, hay una paleta de situaciones diversas en el rendimiento electoral del PP en comparación con la elección anterior:

- Áreas de fuerte crecimiento: Aragón, Canarias, Extremadura y Castilla-La Mancha tanto en elecciones autonómicas como en locales. A ellas hay que añadir un crecimiento también de dos dígitos en las elecciones municipales en tres de las cuatro comunidades que no tenían elecciones autonómicas: Andalucía, Galicia y Cataluña. Por su importancia demográfica –y su valor *profético*– es especialmente destacable el crecimiento en Andalucía: los más de 375.000 votos que gana el PP en esa comunidad representan el 67% de las ganancias netas del PP a nivel nacional y casi la mitad de sus ganancias *brutas* (es decir, la suma de ganancias en aquellas comunidades en las que ha aumentado sus votos).
- Áreas de crecimiento moderado: Castilla-León, La Rioja, Cantabria, Baleares y Murcia. Son todas ellas regiones de predominio popular (por tanto, de potencial de crecimiento más limitado), pero en dos de ellas (Baleares y Cantabria), el incremento marginal del voto al PP ha sido suficiente para devolverle la hegemonía.
- Áreas de descenso moderado (en elecciones autonómicas) sin efecto negativo alguno en el reparto del poder, debido al más acusado descenso del PSOE, a saber, la Comunidad Valenciana y Madrid.

- Tres áreas de descenso claro: el País Vasco (aunque en proporción muy inferior al experimentado por el PSOE), Asturias (por el *tsunami Cascos*) y Navarra, donde sus votos han representado apenas el 20% de los conseguidos por su ahora rival UPN.

Esas distintas dinámicas tienen explicación. Donde existe un intercambio mayor con el PSOE (Castilla-La Mancha, Extremadura, Aragón, y, sobre todo, Andalucía) las expectativas de cambio –en el caso de Andalucía, limitado a las elecciones locales– han sido un factor determinante. En menor medida lo mismo ha sucedido en Canarias. En Galicia, los resultados devuelven al PP a la situación anterior al bi-partito, si bien no desaloja a la suma de sus oponentes del poder municipal ni en Vigo ni en las capitales, salvo en A Coruña. En Cataluña, refleja la dinámica de *normalización* de su representación que ya expresaban las Autonómicas de noviembre de 2010.

Los moderados ascensos en Baleares (casi imperceptible, aunque muy rentable por la fragmentación de sus oponentes), Cantabria, Rioja y Murcia estaban *cantados* a partir del descenso del PSOE y una limitada transferencia de sus votos. En Madrid y la Comunidad Valenciana el coste electoral pagado resulta irrelevante políticamente. En cambio, es obvio que tanto en Asturias como en Navarra como, aunque en menor medida que el PSOE, en el País Vasco, el PP tiene un problema que tal vez sea menos agudo en las elecciones generales, en las que el voto a los partidos nacionales es siempre mayor.

En todo caso, esa asimetría entre ganancias del PP y pérdidas del PSOE se refleja en un grado de concentración electoral claramente inferior al de las elecciones precedentes. La suma de PP y PSOE en el total nacional (65,3%) es la más baja desde 1991 y supone un descenso relativo de la concentración del 7,4%.

Fuera de los dos grandes partidos pesa más la irrupción de nuevos contendientes que los ascensos de los ya implantados. Repárese en que dos formaciones que no concurrieron en 2007, UPyD y Bildu, totalizan el 3,5% de los votos en las elecciones municipales. El ascenso de IU, aunque sig-

nificativo en términos relativos, es muy moderado si se compara con el descenso del PSOE: la suma de ambos fue del 40,4% del voto en 2007 y ahora es del 34,1%, lo que pone de manifiesto una muy limitada capacidad de IU de capitalizar electoralmente el descalabro socialista. CiU crece también, aunque algo menos de lo esperado en función de los resultados de las últimas elecciones autonómicas. El PNV, aunque aumenta ligeramente su cuota electoral en el cómputo nacional (como consecuencia del aumento mayor del voto válido en el País Vasco, puesto que en 2007 la consigna de voto nulo fue seguida por el 8,3% de los votantes y ahora el voto nulo ha descendido a un 1,4%), desciende ligeramente en su *share* del voto vasco (unas décimas apenas), si bien aumentando el número de sus votos, pese a la competencia de Bildu.

Párrafo aparte merecen Bildu y UPyD. La cuota electoral de Bildu (25,5% en el País Vasco y 11,6% en Navarra), que ha sorprendido tanto a buena parte de los analistas, era, en realidad, esperable. La llamada izquierda abertzale siempre ha obtenido los mejores resultados en situaciones de suspensión de la violencia de ETA: de hecho, en 1999, durante la tregua, Euskal Herriarrok rozó el 20% del voto en el País Vasco mientras que Eusko Alkartasuna en solitario alcanzaba el 3%, a lo que habría que añadir la alícuota correspondiente a la coalición de EA con el PNV que se presentó en buen número de municipios. Ahora bien, al margen de comparaciones históricas, el resultado de Bildu (especialmente en el País Vasco; en Navarra, en cambio, sus resultados están claramente por debajo de los de Euskal Herriarrok en 1999) plantea cuestiones inquietantes. Más de una cuarta parte de los votantes vascos han permitido a Bildu ser la formación con más concejales, claramente por encima del PNV en número de ediles. Además, lo cierto es que mejora apreciablemente la implantación urbana tradicional de la *izquierda abertzale* en sus distintas configuraciones (especialmente en Vitoria y San Sebastián) y consigue más poder institucional *visible* (el Ayuntamiento de San Sebastián, la Presidencia de las Juntas Generales de Guipúzcoa y también la Diputación General de Guipúzcoa) que nunca. Estos resultados –y la *ecología* de los mismos– son incomprensibles al margen del *blanqueo* de la marca, tanto el voluntario como, sobre todo, el involuntario. Una parte significativa del PSOE (y no sólo del PSE) han pecado, a mi en-

tender, de exceso de celo para dar cobertura a la cuestionable decisión del Tribunal Constitucional, dando a entender que la bendición de su presencia electoral equivalía a una patente de democracia. Las más que fundadas dudas sobre su conversión democrática se han visto así objetivamente debilitadas y ello sin duda ha contribuido a mejorar sus resultados.

Por lo que a UPyD se refiere, pese a que sus resultados no puedan compararse con los de los grandes partidos por su limitada cobertura en las candidaturas, puede decirse que ha cosechado en Madrid un resultado claramente mejor que sus propias expectativas y que, en cambio, más bien ha fracasado en el resto de España, con excepciones muy contadas. En las elecciones autonómicas, donde ha comparecido en las trece comunidades, exceptuando el 6,3% y los 8 escaños logrados en Madrid, no ha conseguido escaño en ninguna otra y sólo lo ha rozado en Murcia, con un 4,5% del voto. Además de estas dos comunidades, tan sólo ha superado el 3% de los votos en Castilla y León y en La Rioja. En las elecciones locales ha conseguido un total de 135 concejales, de los que el 47% corresponden a la Comunidad de Madrid. Además de los cinco concejales obtenidos en la capital, ha logrado cuatro en Ávila, tres en Burgos, dos en Murcia y uno en Alicante y Granada. Todo ello configura un cuadro de implantación bastante escaso cara a jugar un papel que no sea sólo testimonial en las elecciones generales.

La participación electoral en las elecciones locales ha crecido moderadamente, dos puntos respecto a 2007. El incremento de la participación es generalizado, excepto en Navarra, aunque se trata de un fenómeno más aparente que real. Porque lo que sucede es que en estas elecciones –debido a la última modificación de la Ley Electoral acordada por PSOE y PP– no estaban en el Censo municipal los llamados *residentes ausentes*, 1,3 millones de españoles que viven en el extranjero y que suelen votar en proporción muy inferior a la de los residentes (hasta ahora oscilaba entre el 10% y el 30%; después de la última modificación de la Ley Electoral, que introduce el *voto rogado*, en las elecciones autonómicas ha bajado a poco más del 3%). De hecho, si asumimos que la participación efectiva de los residentes ausentes en 2007 estuvo en el

mismo orden de magnitud que la registrada en las elecciones autonómicas de la misma fecha, dado que en las elecciones municipales los votos de los residentes no se computaban separadamente, lo que resulta es que, en comparación homogénea, la participación sería prácticamente idéntica en 2007 y 2011.

EL REPARTO DEL PODER

Por lo que se refiere al reparto de poder que surge de las elecciones autonómicas, el panorama es completamente auto-explicado. El mapa del poder territorial se ha teñido de azul. De las trece comunidades, el PP ha alcanzado la mayoría absoluta en ocho y es la primera minoría en otras tres.

El PSOE no es la primera fuerza en escaños en ninguna de las trece comunidades. Nunca, hasta ahora, se había dado una situación semejante. Incluso en 1983, en plena marea de poder socialista, la entonces llamada Coalición Popular ganó en Cantabria y Baleares.

Como consecuencia, se ve desalojado del poder por la mayoría absoluta del PP en Castilla-La Mancha, Baleares y Cantabria (en estas dos últimas, lo compartía con otros partidos). Pero, además, pierde los gobiernos de Aragón (merced al pacto del PP con el PAR), en Extremadura (donde el acuerdo de la federación extremeña de IU de no facilitar los votos a Fernández Vara permite que gobierne en minoría el PP como partido más votado) y en Asturias, donde el nuevo partido de Álvarez Cascos gobernará en minoría. A cambio, tendrá un muy modesto premio de consolación al participar como socio minoritario de los gobiernos de Navarra y Canarias, respectivamente encabezados por UPN y Coalición Canaria.

A diferencia de lo sucedido en 2007, donde hubo tres comunidades en las que no gobernó el partido más votado (Cantabria y Baleares, donde ganó y no gobernó el PP, y Canarias, donde el PSOE, ganador, se quedó fuera del gobierno), en esta ocasión esa situación sólo se va a dar en Ca-



narias, donde, una vez más, se va a cumplir el axioma de que, sea cual sea el resultado, siempre gobierna Coalición Canaria.

En cuanto a las elecciones locales, en términos de reparto de poder, una cosa es la estadística general de resultados y otra –en este caso, bastante diferente– la forma en que aquélla se reparte entre *poder visible* (el de las capitales y otros núcleos municipales importantes) y *poder invisible* (entiéndase, *invisible* mediáticamente), el de los municipios más pequeños.

Una vez constituidas las corporaciones, resulta el siguiente reparto de alcaldías en los 395 municipios con más de 20.000 habitantes. Estos municipios representan menos del 5% del total de municipios existentes en España, pero en ellos reside más del 68% de la población española.

CUADRO 5

Distribución de las alcaldías en municipios de más de 20.000 habitantes

			OTROS	PENDIENTES*
Capitales	34	9	5	2
Resto más de 50.000 h.	56	28	10	3
Resto más de 20.000 y menos de 50.000 h.	128	59	54	6
TOTAL	218	96	69	11

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Ministerio del Interior e información periodística.

*: Entre los Ayuntamientos pendientes de constitución están, como más destacados, los de Barcelona y Girona (en los que previsiblemente el alcalde será de CiU) y los de Santiago de Compostela y Ceuta (donde previsiblemente gobernará el PP).

En el conjunto nacional, el PP, con 26.500 concejales y 3.316 alcaldes con mayoría absoluta, ha ganado algo más de 3.000 concejales, que son

algunos más de los que pierde el PSOE al pasar de 24.000 concejales en 2007 a cerca de 21.800 ahora. Pero donde menos ha sufrido el PSOE el desgaste electoral es en los municipios más pequeños, lo que explica que mientras en el caso del PP su cuota proporcional de concejales (38,7% del total) sea muy cercana a su cuota en votos (37,5%), en el caso del PSOE su cuota de concejales (31,7%) es significativamente superior a su cuota de votos (27,8%).

En cambio, como se desprende del Cuadro anterior, respecto al *poder municipal visible* hay que hilar muy fino para encontrar los *cisnes negros* (o los *mirlos blancos*) en las áreas urbanas. Tras las elecciones del día 22 de mayo, la ciudad más importante que va a gobernar es Zaragoza (la 5ª ciudad por número de habitantes) y, tras ella, Vigo (14ª ciudad). En ambas, por cierto, el PP ha sido el partido más votado, quedando a sólo un concejal de la mayoría absoluta.

De hecho, el PSOE ha conseguido apenas tres mayorías absolutas en las 50 capitales, frente a 31 del PP. Sólo en otras dos capitales el PSOE es el partido más votado, frente a nueve mayorías relativas del PP. Téngase en cuenta que antes de estas elecciones 23 capitales de provincia contaban con alcalde socialista y 22 con alcalde del PP. El 11 de junio el PSOE cuenta apenas con nueve alcaldías de capitales.

Este desplome del voto urbano adquiere una especialísima entidad en Andalucía. De los 29 municipios andaluces con más de 50.000 habitantes, el PSOE ha ganado apenas en cuatro: Dos Hermanas, Alcalá de Guadaíra, Sanlúcar de Barrameda y Utrera. En todas las capitales andaluzas, en todos los municipios costeros importantes, en Jerez de la Frontera, y hasta en municipios del interior tan representativos de la hegemonía socialista como Écija o Antequera se ha impuesto el PP. Dentro de ello, la recuperación de las únicas tres capitales que no gobernaba (Sevilla, Córdoba y Jaén), más la conquista de la mayoría en Jerez de la Frontera (la 5ª ciudad andaluza por población) en la que el PSOE, como arriba destacábamos, pierde casi tres cuartas partes de los votos obtenidos en 2007, son las referencias más destacadas.

LAS CONSECUENCIAS

En síntesis, las elecciones del día 22 dejan dos consecuencias inmediatas que afectan al principal ganador y al principal perdedor:

- La primera, la que se refiere al ganador, es una inédita concentración de poder territorial “visible” en el PP. Llamamos visible al poder autonómico y al poder local de los núcleos urbanos. Es verdad que –en los años 80 y primeros 90– el PSOE también acumuló mucho poder territorial. Pero, aunque el PSOE dominó abrumadoramente el poder *invisible* (el rural) en ese periodo, el visible siempre estuvo algo más repartido. En el momento en el que la *marea rosada* alcanzó su cota más alta en este tipo de elecciones (mayo de 1983), además de las Comunidades Autónomas a las que antes hemos hecho referencia, el PP (Coalición Popular entonces) se hizo con 11 alcaldías de capitales de provincia, más de lo que ahora va a lograr el PSOE, pese a que la distancia entre los dos era mayor que la de ahora (casi 17 puntos de ventaja del PSOE). Pero una acumulación de poder como la que ha logrado el PP tiene, junto a la de oportunidad, una doble dimensión de riesgo. Por un lado, multiplica las posibilidades de “accidente” político (corrupción, incompetencia...) sin contrapesos. Por otro, va a crear una sensación de excesiva acumulación del poder en unas mismas manos que puede ser contraproducente en otras arenas competitivas.
- La consecuencia más importante, en lo que se refiere al perdedor principal (por no decir que único) de las elecciones, es el desencadenamiento de una profunda crisis en el PSOE, del acierto en cuya gestión probablemente no dependa el resultado de las próximas elecciones (que en lo básico parece prefigurado por éstas), pero sí la intensidad y la duración de su reacomodo político después de aquéllas.



Es razonable preguntarse si estos resultados quiebran un ciclo político, no sólo el del llamado *zapaterismo*, puesto que el fin de esta página de la historia del socialismo español ya estaba decidido antes de las elecciones, cuando su protagonista renuncia a ser candidato en las próximas elecciones, sino algo más: el ciclo de *bipartidismo reforzado* entre PSOE y PP que

se abre en 1993 y que ha dado fisonomía a los equilibrios políticos de los últimos veinte años.

Desde que se inaugura ese ciclo, la distancia entre ambos partidos en las elecciones de alcance nacional ha sido siempre corta –con la única excepción de las elecciones generales de 2000– y el porcentaje agregado entre ambos ha seguido una tendencia creciente en ambos tipos de elecciones. Ambas dinámicas quiebran en la elección del 22 de mayo: la distancia entre los dos se hace muy marcada y la suma se contrae muy significativamente.

CUADRO 6

Resultados PSOE y PP en elecciones de alcance nacional 1993-2011

	G.93	M. 95	G.96	M.99	G.00	M.03	G.04	M.07	G.08	M.11
	38,8	30,8	37,6	34,3	34,2	34,8	42,6	34,9	43,9	27,8
	34,8	35,3	38,8	34,4	44,5	34,3	37,7	35,6	39,9	37,5
Σ PSOE+PP	73,6	66,1	76,4	68,7	78,7	69,1	80,3	70,5	83,8	65,3

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Ministerio del Interior.

Este planteamiento nos lleva a formularnos algunas preguntas acerca del *valor profético* de estos resultados cara a las próximas elecciones generales. Si hubiéramos de guiarnos por los antecedentes, parecería que ese valor es muy limitado y los datos son bien elocuentes al respecto. La victoria municipal del PP en 1995 viene seguida de un triunfo mucho más corto en las legislativas de 1996. Aun más llamativo resulta el contraste entre el práctico empate municipal de 1999 y la abultada victoria del PP en las generales unos meses más tarde. También las elecciones locales de 2003 registran casi un empate y lo mismo sucede en 2007, mientras que las subsiguientes generales se decantan a favor del PSOE con un margen estrecho pero significativo.

En nuestra interpretación, las elecciones locales de 1999, 2003 y 2007 muestran equilibrios relacionados esencialmente con el propio carácter de la elección, es decir, recogen fundamentalmente la valoración de las respectivas gestiones municipales sin excesiva *contaminación* por el clima po-

lítico general. En las tres ocasiones (en dos de ellas bajo un Gobierno del PP y en la tercera con un Gobierno del PSOE) coinciden un clima económico benigno, y una tensión política limitada en la sociedad. Esto último puede discutirse algo más en el caso de las elecciones de 2003 y 2007, pero en mayo de 2003 ya había pasado la fase más aguda de la crispación provocada por la guerra de Irak y en 2007 había terminado en la práctica el enfrentamiento por la negociación con ETA. Bajo estas condiciones ambientales, el voto municipal no sólo refleja el equilibrio entre los dos grandes partidos, sino que además da lugar a elecciones de continuidad, con pocas alternancias de poder.

Muy distinto es el caso de 1995 y 2011. En ambas ocasiones ese equilibrio se rompe a favor del PP, que obtiene un millón de votos más en 1995 y 2,2 millones de ventaja en 2011. Pero mientras en 1995, en relación con las elecciones locales precedentes (1991), el PP gana casi tres millones de votos y el PSOE pierde 400.000, en 2011 la dinámica es inversa: el PP gana 600.000 y el PSOE pierde 1,5 millones. Esto limita un tanto el valor comparativo de ambos procesos: en 1995 las elecciones traducen a esta arena local el cambio en el *locus* competitivo del PP que ya se había manifestado dos años antes en las elecciones generales, en las que emerge un nuevo tipo de competición después del *ciclo socialista* que se había inaugurado en 1982. En 2011, la pregunta es si estos resultados, como arriba apuntamos, abren un nuevo ciclo de hegemonía del PP.

Por lo demás, el ambiente tiene rasgos comunes en ambos momentos, pero también elementos diferentes. Tanto en 1995 como en 2011, el clima económico es muy negativo y la valoración de la gestión del Gobierno muy crítica. Pero en 1995 en la *agenda* de la elección pesa mucho el *issue* de la corrupción, que se centra de forma casi exclusiva en el PSOE y, en cambio, en 2011, lo que prevalece en la opinión es un fuerte sentimiento *antipartidos* que lleva la cota de aprobación de partidos y dirigentes a los niveles más bajos desde que existen registros de aquélla y que perjudica, sobre todo, a la imagen de los dos principales partidos y sus líderes.

Sin embargo, las consecuencias en el comportamiento electoral se manifiestan de forma muy distinta. Mientras el PP mantiene un elevado grado

de movilización de sus votantes y, a reserva de lo que nos digan las encuestas post-electorales, parece haber captado una proporción entre el 5% y el 10% de los votantes socialistas, el PSOE sufre una desmovilización más acusada de su base electoral. Con una pérdida de espacio como la que ha registrado, y teniendo en cuenta los cambios vegetativos en el Censo, no parece arriesgado calcular que sus votantes fieles respecto a las elecciones anteriores deben de estar entre el 65% y el 70%, mientras que los del PP deben de estar entre el 85% y el 90%.

En este cuadro, y teniendo siempre presente la cautela que aconseja dejar a lo imprevisto su lugar en la escritura del porvenir, *rebus sic stantibus* pareciera que las próximas elecciones *a priori* están claramente decantadas a favor del PP. Si, como resulta presumible, el *guión* de las mismas es esencialmente económico y si, dentro de ello, la variable de mayor peso (el nivel de empleo) no registra una mejoría sensible, va a ser muy difícil que el PSOE construya un *relato* de fuerza movilizadora bastante de su base electoral potencial como para contrarrestar la ventaja de la que en estos momentos dan cuenta las encuestas y que, sistemáticamente, han ido indicando una predisposición más fuerte a votar al PP en las elecciones generales que en las que se acaban de celebrar.

Pero eso no es decir gran cosa. Porque de esas elecciones no va a importar sólo (casi cabría decir incluso que *principalmente*) *quién* gane, sino también *cómo* gane. Es decir, la amplitud y la claridad del *mandato* y del *empoderamiento* que reciba el vencedor para acometer un programa de amplio vuelo reformista, junto a la posibilidad de articular un consenso de base más amplia que comprometa a la principal fuerza de la oposición (y a todas cuantas consideren adecuado sumarse a ello) en algunos aspectos esenciales de esas reformas, singularmente los que se refieren a cambios imprescindibles en la arquitectura institucional.

Por todo ello, es importante que el PSOE digiera de la mejor manera posible la crisis interna que, sin duda, al margen de eslóganes y declaraciones públicas, estos resultados no pueden sino provocar. Y que entre en un proceso de renovación lo más ordenado posible, orientado a evitar una *débaque* electoral en el plazo inmediato, pero, sobre todo, encaminado a

permitirle jugar un papel constructivo y relevante en la decisiva legislatura que las próximas elecciones abrirán.

El proceso de designación del candidato a través de una *cooptación* encubierta en el núcleo de la dirección supone un mentís tan frontal y rotundo a todo lo dicho por Zapatero acerca de la democracia interna en el partido y a toda su doctrina de la *democracia bonita* (doctrina, por otra parte, más bien *light*) que revela la apremiante naturaleza de las urgencias a las que responde.

Evidentemente, se trata de un *trade-off* guiado por el instinto de supervivencia. La cuestión es si sirve al propósito de limitar los daños inmediatos pero no es útil como punto de partida para una reconstrucción posterior, o, por el contrario, permite atender las dos finalidades. Porque, de alguna forma, la *salida Rubalcaba* es involutiva, no sólo desde el punto de vista generacional (que sería lo de menos) sino desde el punto de vista de la historia del partido: quiéralo él o no, Rubalcaba es un *hombre de González*, representativo de una etapa que tuvo sus luces y sus sombras, pero que hoy desde luego ya no sirve como referencia de futuro.

Ahora bien, si Rubalcaba obtiene un resultado electoral digno y, por tanto, gana legitimidad para pilotar el proceso interno, le va a corresponder la responsabilidad de hacer algo parecido a lo que hizo Fraga en la transición desde AP al PP en 1989. Y, junto a ese proceso, en medio de esa transición dentro del PSOE, se van a plantear cuestiones importantes que van a requerir un posicionamiento (más bien un re-posicionamiento) del partido en una coyuntura nacional particularmente tensa.

Al otro lado, el PP, una vez saboreadas las mieles del triunfo, se enfrenta a la necesidad de gestionarlo con la vista puesta en las elecciones del año próximo y en medio de una situación financiera excepcionalmente tensa. No le va a ser fácil. Puesto que en los nueve meses que aún restan para las elecciones (si se agota la Legislatura, naturalmente) sobre sus espaldas va a recaer una parte importante del ajuste fiscal reclamado por las autoridades europeas, que puede comportar un coste social significativo,

junto a la necesidad de instalar en la opinión la convicción de que está en condiciones de propiciar una recuperación económica y del empleo cuando acceda al Gobierno de la Nación.

Y todo ello en medio de un clima político y social muy negativo cuya manifestación más visible –surgida precisamente en vísperas del proceso electoral que analizamos– es el movimiento de los llamados *indignados*. Descifrar el alcance, la orientación y la durabilidad del mismo no parece tarea fácil en estos momentos, y requeriría más perspectiva temporal y espacio del que aquí podemos dedicarle. Pero, desde el punto de vista del análisis que aquí desarrollamos, sí puede avanzarse que la simpatía con que la mayoría acoge este movimiento no puede entenderse sino como síntoma del arraigo que está adquiriendo la idea de que la clase política en su conjunto no está respondiendo a la necesidad de dar solución a los problemas que sufre la sociedad. Sólo así puede entenderse que –según dos encuestas recientes, de *Gesop* para *El Periódico de Catalunya* y de *Metroscopia* para *El País*– una clara mayoría respalde las reivindicaciones de este movimiento (al margen de que las mismas sean vagas, ocasionalmente contradictorias y, en buena parte, irrealizables). Esas reivindicaciones mezclan demandas de mayor transparencia y honestidad en el desempeño público –con las que la mayoría está de acuerdo– con aspiraciones absolutamente desconectadas de la realidad sobre el sistema económico-social (anti-capitalismo primitivo, hostilidad hacia el sistema financiero y demanda de estatización del mismo), con sentimientos genuinamente anti-sistema que se expresan en un rechazo de la democracia representativa y un reclamo de formas de democracia directa que resistirían muy mal el contraste de la realidad. Es posible que el movimiento se agote en sí mismo y, de hecho, la misma opinión pública que expresa su simpatía hacia el mismo es bastante escéptica sobre su eficacia. Pero los partidos harían mal en quedarse en su superficie y no descifrar su *genoma*, para oponerle no sólo el *pliego de descargo* que la radicalidad –y falsedad– de algunos de los supuestos en que basan su descalificación de la clase política exigen, sino, sobre todo, para enfrentarse con decisión al mal de fondo del que este movimiento es una expresión tan exagerada y caricaturesca como se quiera: la necesidad de una *nueva política* más atenta a resolver problemas que a dejar que se pudran o incluso a crearlos.

PALABRAS CLAVE

España • Elecciones municipales • Elecciones autonómicas • Partidos políticos

RESUMEN

El sociólogo José Ignacio Wert repasa en este análisis las motivaciones y consecuencias del resultado de las últimas elecciones municipales y autonómicas. Entre las primeras, el hartazgo de los electores ante la dirección política y económica del país; entre las segundas, la inédita concentración de poder en manos del Partido Popular y la crisis en que la debacle electoral sumerge al Partido Socialista y que anticipa el fin programado del zapaterismo.

ABSTRACT

Political Scientist José Ignacio Wert reviews in this analysis the motivations and consequences of the results of the latest municipal and regional elections. Among the former, an electorate sick and tired of the political and economic direction of the country; among the latter, the unprecedented concentration of power in the Partido Popular and the crisis drowning the Socialist Party as a result of the devastating blow brought on by these elections, and that anticipates the scheduled end of Zapaterism.